

La Bienaventurada Virgen María, al pie de la Cruz y al pie del Altar

La Madre de Dios, Corredentora, maestra, modelo e intercesora
para aprender a ofrecer el Santo Sacrificio del Altar

“Stabat juxta crucem Jesu
mater ejus : Estaba junto a la cruz de
Jesús su madre.” Ioh 19, 25

Introducción

En honor a Nuestra Señora del Santísimo Rosario, que Providencialmente coincide su fiesta con estas conferencias, quisiera que sea ella en sus apariciones de Fátima la que nos introduzca en la reflexión que queremos hacer. Contrariamente a lo que algunos preladados sostienen, Fátima es crucial hoy para la Iglesia y tiene más actualidad que nunca antes. Esta afirmación ya sería válida hacerla para alabar tan solo el designio de Dios que ha querido advertirnos a través de la Virgen de Fátima sobre la lujuria como principal causa de la condenación eterna en los tiempos presentes en que pecados abominables son cometidos por aquellos que deberían brillar cual ángeles por ser sacerdotes de Cristo. Pero esta afirmación de que hoy Fátima es esencial y vital cobra aun mayor relevancia por el mensaje de Fátima en su conjunto y el mensaje secreto en particular.

Detengámonos un momento en el mensaje secreto de Fátima para abordar el tema que nos hemos propuesto con más profundidad. Benedicto XVI ha dicho en Fátima durante su homilía del 13 de mayo de 2010: “Se engañaría quien pensase que la misión profética de Fátima haya concluido”¹. Y durante el vuelo a Portugal, respondiendo a los periodistas que lo interpelaban sobre los abusos de menores por parte de sacerdotes, ha sido aún más claro. Es de destacar que las respuestas de Benedicto XVI no eran improvisadas sino que las preguntas eran conocidas previamente. En esa oportunidad dio una interpretación del secreto de Fátima sobre la muerte del obispo de blanco que va más allá del cumplimiento en el atentado contra Juan Pablo II. El Papa Ratzinger manifestó que la visión de la muerte del obispo de blanco representaría “la pasión de la Iglesia”, provocada por enemigos que “no sólo vienen de fuera, sino que los sufrimientos de la Iglesia proceden precisamente de dentro de la Iglesia, del pecado que hay en la Iglesia”. Ahora bien, esto de la Pasión del Cuerpo Místico de Cristo lo desarrolla el Catecismo al hablar de “la última prueba de la Iglesia” y los “enemigos de dentro” de los que habla el Papa son consecuencia de la apostasía. Por último, Benedicto XVI, al final de esa respuesta, nos enseña cual ha de ser nuestra actitud en la Pasión de la Iglesia: “debemos volver a aprender estas cosas esenciales: la conversión, la oración, la penitencia y las virtudes teologales”².

¹ http://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/homilies/2010/documents/hf_ben-xvi_hom_20100513_fatima.html

² http://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/speeches/2010/may/documents/hf_ben-xvi_spe_20100511_portogallo-interview.html

El cardenal Carlo Caffarra en una entrevista concedida a La Voce di Padre Pio, de marzo de 2015, cuenta que Sor Lucía, vidente de Fátima, le dijo en una carta: “El enfrentamiento final entre Dios y Satanás es sobre familia y vida”. Esto pone más en evidencia que el secreto de Fátima aún perdura y se refiere al fin del mundo, al mismo tiempo devela más aún los planes siniestros del enemigo contra el Santo Sacrificio del Altar. Satanás, que ha esparcido el materialismo marxista y se ha infiltrado gramscianamente en la Iglesia, debilitando su contraataque, con el aborto y demolición de la familia busca eliminar posibles bautizados, fieles de Cristo que vayan a la Santa Misa, potenciales sacerdotes, potenciales santos de la Eucaristía como lo son todos los santos... y sobre todo busca que se comulgue en pecado mortal profanando lo más sagrado que se puede profanar, por relaciones pre matrimoniales o por adulterio, como ya están enseñando sacerdotes que así es posible comulgar siguiendo la confusión de Amoris Laetitia.

Queremos exponer estas cosas esenciales de las que nos hablaba Benedicto XVI, por eso, como dijimos antes, vayamos al mensaje de Fátima en su conjunto y enfoquémonos en el tema que queremos presentar. Las apariciones de Nuestra Señora del Santísimo Rosario de Fátima han sido precedidas por el Ángel de la Eucaristía que nos ha enseñado esa fórmula preciosa de ofrenda a la Santísima Trinidad del Cuerpo y Sangre, Alma y Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo. Estas apariciones además fueron coronadas por la aparición en Galicia, cuando Sor Lucía contempló a la Virgen junto a un Altar sobre el cual estaba Cristo, el Santísimo Sacramento y el misterio de la Santísima Trinidad. Siendo éste el Misterio central de nuestra Fe, ¿no cabría leer el mensaje de Fátima desde esta perspectiva? El mensaje de Fátima de oración y penitencia ¿no es acaso para que nos unamos más al Altar donde toda oración y penitencia alcanzan su sentido? ¿No se podría decir que la advertencia de la Virgen sobre los errores esparcidos por Rusia tuvo por objetivo cuidar la Santa Misa de la Nouvelle Théologie³ y de la Teología de la Liberación⁴, que son hijas del veneno mortal del hegelianismo marxista? La apostasía que parece ser lo principal en el mensaje secreto de Fátima, como ha dicho el Cardenal Ciappi, entre otros, ¿no es acaso apostasía de lo central de de la fe que es la Santa Misa? Estos sacerdotes, obispos y cardenales que cometen estos pecados tan execrables y abominables de lujuria y sodomía, antes han apostatado de su fe. Para ellos, la Santa Misa ha perdido valor de tal forma que no solo han dejado de unirse a Cristo Hostia sino que se han transformado en sus verdugos.

Nuestra Señora del Santísimo Rosario de Fátima nos ha dejado una lección magistral al hablar a estos pequeños niños, como eran los pastorcitos, en una forma muy precisa y sin atenuante alguno sobre la necesidad de unirse ostensiblemente al Sacrificio Propiciatorio e Impetratorio de Cristo en la Cruz: “¿Queréis ofreceros a Dios para soportar todos los sufrimientos que Él quiera mandaros, como acto de reparación por los

³ Fr. M.-D. Philippe OP ha dicho que el P. Chenu, uno de los padres de la Nouvelle Théologie, era hegeliano (“Las tres sabidurías”, ediciones Palabra).

⁴ “Instrucción sobre algunos aspectos de la «teología de la liberación»”, Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, 6 VIII 1984.

pecados por los cuales Él es ofendido, y como súplica por la conversión de los pecadores?”⁵. De esto queremos hablar hoy, de unirnos a Cristo Sacerdote y Hostia, de nuestra participación en la Santa Misa. Esta doctrina de unirse a Cristo como ofrenda en el Santo Sacrificio del Altar se ha dejado de enseñar en los últimos decenios a pesar de que el Concilio Vaticano II lo enseñaba expresamente: “La Iglesia procura con solícito cuidado que los fieles cristianos (...) aprendan a ofrecerse a sí mismos al ofrecer la Hostia Inmaculada no sólo por manos del sacerdote, sino juntamente con él”⁶. La Tradición de la Iglesia siempre lo subrayó. En palabras de Pio XII: “Conviene que todos los fieles se den cuenta de que su principal deber y su mayor dignidad consiste en la participación en el Sacrificio Eucarístico”.

Debemos decirlo bien claro y desde un principio porque si queremos exponer la verdad también debemos rebatir el error: La tan afanada participación Litúrgica que supuestamente sigue el espíritu del Concilio no puede ser sino participación en el Misterio de la Cruz de Cristo como la Santísima Virgen María participo de él. Hoy se tiene un concepto sociológico de la participación, cuando la verdadera participación Litúrgica es unirse a Cristo en Su Sacrificio, por esto urge aprender a ofrecer el Santo Sacrificio del Altar. Esta comprensión materialista marxista de la participación en la Liturgia creemos que ha sido —parafraseando a Dietrich von Hilderbrand— el caballo de Troya en la Ciudad de Dios. Aunque el documento de Liturgia del Concilio formule el concepto de participación claramente como unión con el Sacrificio de Cristo, en nombre de la participación se introdujo en el post concilio la desacralización que nos quitó el latín, el canto gregoriano y la orientación versus Deum, ninguna de las cuales habían sido pedidas por el Concilio.

En esta conferencia después de contemplar la Santa Misa como Santo Sacrificio del Altar idéntico al sacrificio de la Cruz, estudiaremos la Corredención Mariana para luego terminar con una reflexión sobre el ofertorio de la Santa Misa como clave para unirnos a la Ofrenda de Cristo. Así quedará de manifiesto la verdadera participación en la Liturgia y su naturaleza como unión con Cristo en la Cruz como estuvo María unido a Él.

⁵ Memórias da Irmã Lúcia, I, 162

⁶ Sacrosanctum Concilium, n° 48.

El santo Sacrificio del Altar

Nuestro Señor Jesucristo, al revelarnos el Misterio de la Cruz y su perpetuación en la Santa Misa, nos ha hecho ver cómo este Misterio estaba prefigurado en el Antiguo Testamento en aquel signo de la serpiente de bronce elevada sobre una vara que debían contemplar los judíos para curarse. “Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es preciso que sea levantado el Hijo del hombre, para que todo el que crea tenga vida eterna en él” (Ioh 3, 14-15). Una imagen de profundidad insondable sobre el misterio de la Cruz y la Santa Misa, en la cual contemplamos la causa de nuestra condenación y la causa de nuestra Salvación: Nuestros pecados crucifican a Cristo pero si en cambio nos unimos a Su Amor Redentor somos Salvados. Con esta profundidad Cristo ha dicho: “Cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí” (Ioh 12, 32).

En otra oportunidad, Nuestro Señor Jesucristo hablando del caos de los últimos tiempos pone a nuestra consideración la urgencia de unirnos a Él en la Eucaristía para no sucumbir a esos males: “Donde quiera que esté el cuerpo allí se reunirán las águilas” Mt 24, 28. Piadosas reflexiones se pueden extraer partiendo de este pasaje en que, como explican los Santos Padre, Nuestro Señor habla de los santos que viven del Cuerpo de Cristo como así también de los demonios y herejes que buscan atacarlo. Quiero destacar aquí la correspondencia a Cristo de los santos con la rapidez de las águilas para unirse en el Santo Sacrificio del Altar y estar, como dice San Pablo, “crucificado con Él” Gal 2, 20. La figura del águila nos remite inmediatamente al concepto de Virtud que nos hace obrar con rapidez, facilidad y gozo, y con respecto al Culto, esto es propio de la virtud de la Devoción. Ésta virtud está, como ninguna tal vez, certeramente desvirtuada por el enemigo para que sea menospreciada. Santo Tomás de Aquino con toda la Tradición considera a la virtud de la Devoción con gran estima y nos enseña: “La palabra devoción proviene de la forma verbal «devovere», es decir sacrificar; de ahí el que se llame devotos a quienes de alguna manera se ofrecen en sacrificio a Dios para estar del todo sometidos a Él”⁷. Santo Tomas trata de la devoción y la oración como actos interiores de la virtud de la religión a la que le es propio dar Culto a Dios y al mismo tiempo la hace hija de la Virtud Teologal de la Caridad. La devoción y la oración son el alma del Culto a Dios e imperada por la Virtud Teologal de la Caridad constituyen la Santidad misma. Ahora bien, si buscamos restaurar el valor de la Liturgia en nuestro corazón y en la Iglesia, hemos de dejarnos enseñar por Santo Tomas sobre como aprender y adquirir esta virtud propia del que da Culto a Dios.

Tratándose de la esencia misma de la vida cristiana, Santo Tomás al desarrollar la forma en que las almas adquieren esta virtud nos da toda una síntesis de Teología Espiritual. El mal que sufrimos hoy en Liturgia es en el fondo a causa del pelagianismo y voluntarismo y aquí en un solo artículo Santo Tomás los rebate absolutamente poniendo de de manifiesto la primacía absoluta de la Gracia y la contemplación: “En la devoción, la causa extrínseca y principal es Dios, quien, según las palabras de San Ambrosio comentando el Evangelio, «llama a los que le place y hace religioso a quien

⁷ S. Th. II II, q. 82, a 1. c.

quiere; y, si tal hubiese sido su voluntad, hubiera hecho hombres devotos a los indiferentes samaritanos». Mas la causa intrínseca, por nuestra parte, tiene que ser la meditación o contemplación. Ya hemos dicho —en efecto— que la devoción es un acto de la voluntad por el que el hombre se entrega con presteza al servicio divino (es decir el Culto). Ahora bien, los actos de la voluntad proceden siempre de algún conocimiento o consideración previa, ya que el objeto de la voluntad es el bien percibido por la inteligencia; por eso dice San Agustín que «la voluntad nace de la inteligencia». Hay que concluir, por tanto, que la meditación (que nos lleva a la contemplación) es la causa de la devoción, puesto que en ella decidimos nuestra entrega al servicio divino”⁸.

Aleccionados por Santo Tomas de Aquino recojamos de la Tradición citas fundamentales que deberían estar siempre en nuestra meditación para que contemplando continuamente la importancia sin igual de este Sacramento lo llevemos grabado en el corazón: “No hay nada más grato ni más honroso para Dios que el Sacrificio Eucarístico” (Leon XIII, Carta encíclica *Mirae Caritatis*, sobre la Santísima Eucaristía, n 21). “El misterio de la Sagrada Eucaristía, instituida por el Sumo Sacerdote, Jesucristo, y por voluntad de Él constantemente renovada por sus ministros, es como el compendio y centro de la religión cristiana” (Pio XII, *Mediator Dei*, 84). “El Sacrificio Eucarístico es fuente y culmen de toda la vida cristiana” (*Lumen Gentium*, n 11).

Esta importancia sin igual de la Santa Misa es porque ella nos trae al Verbo Encarnado por la transubstanciación de las especies de pan y vino y al mismo tiempo nos los trae ofreciéndose en el Sacrificio incruento del Altar al igual que se ofreció en el Sacrificio cruento de la Cruz. Esta Verdad Revelada por Dios exige que el hombre le dé incondicional asentimiento. Es por eso que Cristo para cuidar la doctrina sobre este Sacramento ha sido intolerante y no dudó en confrontar a sus doce apóstoles diciéndoles claramente: “¿también vosotros queréis marcharos?” (*Ioh* 6, 67). La Iglesia, siguiendo el ejemplo de Cristo, ha cuidado con sumo celo de que no se desvirtúe éste que es el “*Misterium fidei*”. El Concilio de Trento siempre brillará como un faro para nuestra fe, en él luego de una exposición de la Fe verdadera hay una serie de Cánones en donde enuncia una verdad con una condenación a excomunión a quien no asienta a ella. Siempre es gratificante y útil leer estos anatemas, es a Cristo a quien se imita hablando así claro y sin ambages.

Esta verdad que nos afirma la fe es de tal índole que podemos afirmar que al ir a Misa entramos en un túnel del tiempo que nos deja en el Calvario junto a la Cruz de Cristo donde estuvo la Santísima Virgen María porque verdaderamente como afirma el Concilio de Trento: “Una sola y la misma es, en efecto, la Víctima; y el que ahora se ofrece por el ministerio de los sacerdotes es el mismo que entonces se ofreció a sí

⁸ “La genuina piedad, que el Angélico llama «devoción» y que es el acto principal de la virtud de la religión —con el cual los hombres se ordenan rectamente y se dirigen convenientemente hacia Dios, y gustosa y espontáneamente se consagran a cuanto se refiere al Culto Divino—, tiene necesidad de la meditación de las realidades sobrenaturales y de las prácticas de piedad, para alimentarse, estimularse y vigorizarse, y para animarnos a la perfección.” Pio XII, *Mediator Dei*, 46.

mismo en la Cruz, siendo sólo distinta la manera de ofrecerse”⁹. Ésta es una verdad esencial para nuestra Vida Espiritual como lo enseña el Padre Arintero en su precioso libro *Evolución Mística*: “Todo lo que pasó en el Calvario se repite constantemente sobre el Altar. El Altar es todos los días el monte del dolor, de la sangre, del sacrificio y de la redención. Por aquí se ve con qué amor y reverencia debemos asistir al Santo Sacrificio, donde se perpetúa la obra de nuestra reparación, y con qué afectos debemos allí asociarnos al Salvador para que su Sangre resulte provechosa para nosotros y para todos”. Para crecer en esta contemplación que nos lleva a la devoción y la unión con Cristo Sacerdote y Víctima tenemos mil bellos textos de la Tradición¹⁰ y los santos como aquel precioso y sublime librito *El tesoro escondido de la Santa Misa* de San Leonardo de Porto-Maurizio.

Vuelvo a aquel magnetismo que Cristo ejerce desde la Misa: “Cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí” (Ioh 12, 32). El Padre Julio Meinvielle, enraizado en estas Palabras del Señor y como buen discípulo de Santo Tomás, comienza así ese hermoso librito *Hacia la Cristiandad*¹¹: “El criterio para formular un determinado juicio sobre un movimiento, debe fundarse en el fin hacia el cual se orienta. Todo movimiento no es puro resultado de fuerzas que obran ciegamente sino de la atracción que determinados fines, vivientes en alguna inteligencia, ejercen sobre los móviles”. En esa obra que recoge apuntes sobre filosofía de la historia, El Padre Meinvielle concluye: “La historia debe ser colocada bajo el signo de Cristo”. Queramos o no estamos bajo esta fuerza gravitacional de la Cruz y por lo tanto de la Santa Misa, o estamos con ella o estamos contra ella. Es por esto que John Senior afirma en su libro *La Restauración de la Cultura Cristiana*¹² que el Santo Sacrificio del Altar es esencialmente la Cultura Cristiana. En la Cristiandad, bajo el criterio de “a Dios lo mejor”, para alojar la Santa Misa se construyeron Catedrales sublimes, que superaban en altura y belleza a todo lo demás, y hacían patente esa atracción que nos lleva a la verdadera devoción y santidad.

⁹ Concilio de Trento, 22ª sesión, capítulo 22.

¹⁰ “Es necesario penetrar con todo cuidado este santo misterio para que podamos participar con la atención y piedad debidas. Por dos causas instituyó Cristo la Eucaristía: para que fuese alimento celestial de las almas, con el que pudieran conservar su vida espiritual, y para que la Iglesia tuviese un perpetuo sacrificio, capaz de satisfacer por nuestros pecados y capaz de aplacar la ira divina, volviéndonos propicio y clemente al Padre, que está en los cielos, justamente ofendido por nuestros continuos pecados. Símbolo de este sacrificio fue el cordero pascual que los judíos inmolaban como sacrificio y como sacramento. No pudo darnos Cristo, al inmolarse por nosotros al Padre sobre el altar de la cruz, una prenda más sagrada de su inmenso amor que dejarnos este sacrificio visible, mediante el cual pudiéramos nosotros renovar su cruenta inmolación sobre el Calvario, y renovásemos, a través de los siglos, la memoria fecunda de tan inmensos beneficios para nosotros” (Catecismo Romano de Trento, Parte II, Capítulo III, X).

¹¹ JULIO MENVIELLE, “Hacia la Cristiandad”, Adsum, Buenos Aires, 1940.

¹² JOHN SENIOR, “La Restauración de la Cultura Cristiana”. Capítulo 1, Vórtice, 2016.

La corredención de la Santísima Virgen María

La catastrófica consecuencia de la pérdida de la conciencia sobre la gravedad del pecado, lo que Pio XII llamó “el pecado del siglo”¹³, es que nos es imposible comprender y dimensionar la gesta heroica de Cristo en la Cruz como Sacrificio Propiciatorio. Este mal es de tal naturaleza que no se puede pensar en algo peor porque la negación del pecado —la negación de que el pecado nos encadena a Satanás eternamente, como se permite decir impunemente hoy— significa que no tenemos necesidad de un Redentor, significa que el Fiat de María en la Encarnación y al pie de la Cruz no tendría sentido. Esta negación del pecado, o lo que es peor, su atenuación, endémica en la Iglesia hoy, es la enfermedad que la Santísima Virgen en Fátima vino a remediar haciéndonos recuperar el sentido del pecado, por eso mostró el infierno a unos niños tan pequeños y les inculcó la unión al Sacrificio Propiciatorio de Cristo. La verdad revelada nos enseña que el Verbo se Encarnó para redimirnos del pecado¹⁴, por lo que negar el pecado —en la teoría o en la práctica— es negar que “Cristo me amó y se entregó por mí”¹⁵, es apostasía de la esencia misma de la Fe. Esta apostasía es tanto más grave cuanto más camuflada esté, como cuando se utiliza la misericordia —el más alto atributo de Dios ad extra¹⁶— como instrumento para destruir la conciencia de pecado transformándose en la corrupción de lo mejor que es lo peor.

Ha trascendido que Sor Lucía haciendo referencia al Tercer Secreto de Fátima ha dicho que este Tercer Secreto corresponde a lo que Dios reveló sobre los últimos tiempos en el evangelio y en el Apocalipsis, específicamente entre los capítulos VIII al XIII¹⁷. En estos capítulos se presenta la apertura del séptimo sello, los siete ángeles con sus trompetas y castigos, los dos testigos, la mujer y el dragón rojo y por último las dos bestias. El Padre Fray Alberto García Vieyra OP tiene un artículo en la revista Mikael que hace una explicación de la corredención mariana y uno de los argumentos que desarrolla es la exégesis de la batalla de la Mujer y el dragón del apocalipsis. Creo que es útil que tomemos las ideas principales.

El texto nos presenta a la mujer “envuelta en el Sol”, es decir es la llena de Gracia incluso antes de dar a luz al Hijo, coronada como Reina de la Iglesia y con la luna bajo sus pies como signo de lo caduco y el mal. “Del contexto de esta perícopa bíblica podemos deducir algo más que una tarea ministerial en orden a la distribución de las gracias. El ataque del demonio es más importante: quiere cegar las fuentes mismas de la salvación. Ataca la Redención misma. Ataca al Hijo varón que es el Redentor, y a la Mujer, su madre, estrechamente vinculada a la obra de la Redención. Esto ya nos sugiere el título de corredentora, que debemos atribuir a la Santísima Virgen.

“Las enemistades de la Mujer contra el diablo significan la mujer actora en el

¹³ “el pecado del siglo es la pérdida del sentido del pecado”, Pio XII, Radiomensaje 26-X-1946.

¹⁴ S. Th. III, q. 1, a. 3.

¹⁵ Ga 2,16.19-21.

¹⁶ S. Th. I II, q. 30, a. 4.

¹⁷ Cf. “The Third Secret of Fatima”, Brother Michael of the Holy Trinity.

ámbito de la Redención, luchando por la destrucción del poder del demonio. El poder contra el demonio es el poder de la gracia de Dios, fuertemente arraigado en Ella por el privilegio de la Inmaculada Concepción, y vuelto invulnerable por su maternidad divina. Luchará con la gracia recibida de su Hijo, sí, pero siendo actora eficaz y verdadera. La Tradición —afirma Pío XII— ha visto una oposición entre el diablo y María, no temporal y limitada, sino intemporal, de todos los tiempos¹⁸. El poder de la Mujer sobre el demonio nos ofrece un argumento importante en favor de la corredención. Primero, porque la oposición contra el diablo, lo es contra el dominio del diablo sobre los hombres. Segundo, porque tal oposición implica una serie de acciones contrapuestas; de otro modo no habría oposición. Tercero, porque esa oposición no es solamente personal entre el diablo y la Virgen sino que lo es también entre «tu descendencia y la suya». Si existe una oposición válida entre la Virgen y el demonio es o por mantener la irredención de los hombres, por parte del demonio, o por redimirlos, por parte de la Virgen. Luego la Virgen unida a su Hijo es corredentora¹⁹.

Conforme nos acerquemos al profetizado “último desencadenamiento del mal”²⁰, la Iglesia entrará en la Pasión y por eso urge aún más que nunca que los fieles redescubran como San Juan en la Pasión la maternidad espiritual de la Madre de Dios. Urge que descubramos la sin igual grandeza de la Madre de Dios, Santo Tomás de Aquino, tan sobrio y discreto en sus apreciaciones, no duda en calificar su dignidad en cierto modo infinita²¹ y su gran comentarista, el Cardenal Cayetano, dice que María, por su maternidad divina, alcanza los límites de la divinidad²².

Nosotros sujetos a la temporalidad vemos todo al revés. En realidad, la Santísima Trinidad, conociendo desde la eternidad la Gloria de Cristo, de su Madre y de todos los santos, creó al principio de la historia a Adán y Eva, y llegado el tiempo de la concepción de María, ella es concebida llena de Gracia y sin la mancha del pecado original por los meritos de Cristo, y luego, llegado el tiempo de que el Verbo se Encarnase, engendra a Cristo y Su Cuerpo Místico por lo que verdaderamente es Madre de Dios y madre nuestra desde el mismo instante de la concepción Virginal por obra del Espíritu Santo. Esta verdad pone de manifiesto que la corredención es propiamente el Fiat de María en la Encarnación por el cual nos dio al Salvador y Redentor de la humanidad, Fiat que se extiende en toda su vida y al pie de la Cruz²³, Fiat que brota en la llena de Gracia como un acto libre e inteligente, consintiendo —como dice Santo Tomas— en nombre de todo el género humano²⁴.

¹⁸ Ene. “Fulgens Corona”, del 8-IX-1953.

¹⁹ “Redención de Cristo y corredención de María”, Revista del Seminario de Paraná Mikael, 33.

²⁰ Cf. CEC 677 y Ap 20, 7-10.

²¹ Cf. S. Th. I, q. 25, a. 6 ad 4.

²² In II II, q. 103, a. 4, ad 2.

²³ Recordemos que en buena Teología la Redención se da ya en la Encarnación, la Pasión es expresión sublime de ese Amor infinito que ya se dio en la Encarnación. Parafraseando a Santo Tomas que canta “Una sola gota puede liberar de todos los crímenes al mundo entero” podemos decir: un solo eritrocito del embrión del Niño Dios en el Altar magnifico del seno purísimo de la Virgen María puede Salvar a todos los condenados hijos de Eva.

²⁴ S. Th. III, q. 30, a. 1.

Pío XII, en su Encíclica “Mystici Corporis” (1943), expresa aquella unión íntima de María con su Hijo en la obra de la Redención: “Ella dio su consentimiento, en representación de toda la naturaleza humana, a la realización de un matrimonio espiritual entre el Hijo de Dios y la naturaleza humana. Ella fue la que dio a luz con admirable parto a Jesucristo Nuestro Señor, adornado, ya en su seno virginal, con la dignidad de Cabeza de la Iglesia, como que era la fuente de toda la vida sobrenatural... Ella fue la que, libre de toda mancha personal y original, unida siempre estrechísimamente con su Hijo, lo ofreció como nueva Eva al eterno Padre en el Gólgota, juntamente con el holocausto de sus derechos maternos y de su materno amor, por todos los hijos de Adán manchados por su deplorable pecado; de tal suerte que la que era madre corporal de nuestra Cabeza, fuera por un nuevo título de dolor y de gloria, Madre espiritual de todos sus miembros”.

Por último, después de textos tan jugosos podemos contemplar claramente que al igual que la Maternidad espiritual de María sobre la Iglesia, la Corredención es un don de Cristo a Su Iglesia desde el mismo momento en que Él es engendrado en el seno purísimo de la Madre de Dios, sin embargo para que firmemente quede grabado en nosotros quiso darnos expresamente semejantes dones junto con Su Cuerpo y Su Sangre. “Así como Cristo ha concedido al mundo la gracia de su presencia eucarística, renovada cada vez en el Santo Sacrificio del Altar, ha concedido al mundo la asistencia de la maternidad divina de María para que tuviésemos una madre, una abogada, un poder soberano de intercesión en el Cielo”²⁵. En palabras de León XIII: “Fue frente a los ojos de María que el sacrificio Divino, por el cual Ella había nacido y alimentado a la víctima, tuvo que ser consumado...vemos que estuvo Su Madre frente a la Cruz de Jesús, quien en un milagro de caridad, nos entregó para que nos recibiera como sus hijos, voluntariamente ofreciendo a su Hijo a la divina justicia, muriendo con Él en su corazón, atravesada con la espada de dolor”²⁶. Por esto Pío XI reza: “Oh Madre del amor y de la misericordia quien, cuando vuestro dulcísimo Hijo estaba consumando la Redención de la raza humana en el altar de la cruz, permanecisteis de pie junto a Él, sufriendo con Él como la Corredentora...conserva en nosotros, os lo suplicamos, e incrementa día con día los frutos preciosos de Su Redención y la compasión de Madre”²⁷

²⁵ GARCIA VIEYRA OP, “Redención de Cristo y corredención de María”, Mikael, n° 33.

²⁶ Papa León XIII, Encíclica *Jacunda Semper*, 1884.

²⁷ Papa Pío XI, Oración en la Clausura Solemne del Jubileo de la Redención, 28 de Abril, 1933.

Nuestra unión con Cristo en el Santo Sacrificio del Altar²⁸

La Santificación de nuestras almas depende de nuestra unión a Cristo participando del Sacrificio de la Cruz en el Altar. Cristo y la Santísima Virgen María son nuestro modelos de cómo hemos de participar en la Santa Misa. Esta unión con Cristo exige una Fe luminosa, una Esperanza confiada, una Caridad ardiente y una devoción fervorosa para que la Misa sea —como dice San Vicente Ferrer— el mayor acto de contemplación que pueda darse²⁹.

Dice Santa Ángela de Foligno: “No es que lo crea, sino que tengo la certeza absoluta de que, si un alma viera y contemplara alguno de los íntimos esplendores del sacramento del altar, luego ardería en llamas, porque habría visto el amor divino. Parece que los que ofrecen el sacrificio y los que a él asisten, deberían meditar profundamente en la profunda verdad del misterio tres veces santo, en cuya contemplación habríamos de permanecer inmóviles y absortos”³⁰.

Reflexionando en estas verdades sobre que en la Misa debemos contemplar el Sacrificio del Gólgota se llega a comprender la alta estima que los santos han tenido a las oraciones preparatorias para el Santo sacrificio del Altar. Con profunda humildad y plenamente conscientes de nuestra indigencia —como Santo Tomás recalca en su oración preparatoria— debemos pedir tener la devoción del buen ladrón y la Caridad de la Santísima Virgen María al pie de la Cruz. Para unir nuestra inteligencia y voluntad a Cristo que se ofrece en Sacrificio Propiciatorio, Latréutico, Impetratorio y Eucarístico hemos de pedir una Fe luminosa y una Caridad ferviente que opere en nosotros una devoción fervorosa como Santo Tomás enseña en la Suma Teológica³¹.

Ahora bien, estas oraciones constituyen lo que se llama preparación próxima, más tarde hablaremos de la preparación remota que constituye toda la vida, y ahora hemos de ocuparnos propiamente en cómo hemos de unirnos al Santo Sacrificio durante la Misa. A este respecto el Padre Garrigou Lagrange tiene una página sublime no apta para liturgos modernistas que por racionalistas son adeptos a la lengua vernácula, a los guiones de Misa que explican todo hasta el hartazgo, a los micrófonos como si no fuera posible la Misa antes de la invención del micrófono, para quienes el sacerdote es un animador social, en fin para quienes no hay lugar al misterio en el “Misterium fidei”.

²⁸ A nadie sorprenda que insista en las disposiciones para la Eucaristía como Sacrificio y no como Sacramento ya que para quien asiste a Misa logradas las primeras se alcanzan las segundas concomitantemente, diferente será para la adoración al Santísimo Sacramento que como un San Alfonso en las “Visitas” insista exclusivamente en el aspecto de Sacramento.

²⁹ Citado por Juan Pablo II, al clero español, 1982.

³⁰ SANTA ANGELA DE FOLIGNO, Libro de las visiones e instrucciones, c. LXVII.

³¹ “Como la pasión de Cristo aprovecha a todos para la remisión de la culpa y la obtención de la gracia y de la gloria, pero no tiene efecto más que en quienes se unen a la pasión de Cristo por la fe y la caridad, así este sacrificio, que es memorial de la pasión del Señor, tampoco tiene efecto más que en quienes se unen a este sacramento por la fe y la caridad. Por eso dice San Agustín en *Ad Renatum*: ¿Por quién se ofrecerá el cuerpo de Cristo, sino por aquellos que son sus miembros? De ahí que en el Canon de la misa no se ore por los que están fuera de la iglesia. No obstante, también a éstos les aprovecha más o menos, en la medida de su devoción” (S. Th. III, q. 79, a. 7, ad. 2). También Cf. S. Th. III, q. 79, a. 5 c.

“¿Cómo hemos de unirnos al Santo Sacrificio de la Misa? Puede aplicarse a esta materia lo que Santo Tomás³² dice de la atención en la oración vocal: «Puede la atención referirse a las palabras, para pronunciarlas bien; al sentido de esas palabras, o bien al fin mismo de la oración, es decir a Dios y a la cosa por la cual se ruega... Esta última clase de atención que aun los más simples e incultos pueden tener, es tan intensa a veces que el espíritu está como arrobado en Dios y olvidado de todo lo demás».

Asimismo para oír bien la Misa, con fe, confianza, verdadera piedad y amor, se la puede seguir de diferentes maneras. Púedese escuchar prestando atención a las oraciones litúrgicas, tan bellas y llenas de unción, elevación y sencillez. O meditando en la Pasión y muerte del Salvador, y considerarse al pie de la Cruz con María, Juan y las santas mujeres. O cumpliendo, en unión con Jesús, los cuatro deberes que tenemos para con Dios, y que son los fines mismos del sacrificio: adoración, reparación, petición y acción de gracias. Con tal de ocuparse de algún modo en la oración, por ejemplo, rezando el Rosario, la asistencia a la Misa es provechosa. También se puede, y con mucho provecho, como lo hacía Santa Juana de Chantal y otros muchos santos, continuar en la Misa la meditación, sobre todo si despierta en nosotros intenso amor de Dios, algo así como San Juan estuvo en la Cena, cuando reposaba sobre el corazón del divino Maestro.

Sea cualquiera la manera como oigamos la Santa Misa, se ha de insistir en una cosa importante. Y es que sobre todo hemos de unirnos íntimamente a la oblación del Salvador, sacerdote principal del sacrificio; y ofrecer, con él, a él mismo, a su eterno Padre, acordándonos que esta oblación agrada más a Dios que lo que pudieran desagradarle todos los pecados del mundo. También hemos de ofrecernos a nosotros mismos, y cada día con mayor afecto, y presentar al Señor nuestras penas y contrariedades, pasadas, presentes y futuras. Así dice el sacerdote en el ofertorio: «In spiritu humilitatis et in animo contrito suscipiamur a te, Domine: Con espíritu humillado y contrito corazón te suplicamos, Señor, que nos quieras recibir en ti».

Hasta allí el Padre Garrigou Lagrange OP en *Las tres edades de la Vida Interior*³³ sobre cómo hemos de unirnos al Santo Sacrificio durante la Misa. Por último para pasar a la preparación remota, recomendada por la Virgen en Fátima, quisiera detenerme en esta oración del Ofertorio antes citada, que es común a la Forma Ordinaria y la Forma Extraordinaria del Rito Latino de la Santa Misa³⁴. Esta oración breve que el Sacerdote debe hacer inclinado con suma devoción sobre las ofrendas de pan y vino antes del lavabo, es el lugar donde hemos de “descargar en Cristo todas nuestras

³² S. Th. II II, q. 82, a. 13.

³³ Tomo I, parte II, capítulo 14.

³⁴ Hay quienes niegan que haya propiamente ofertorio en la Forma Ordinaria pero no se sostiene dicha afirmación por la presencia de esta oración y aquello que hace notar el Padre Saenz en su libro “el Santo Sacrificio de la Misa” de que está mal traducido “presentamos” cuando en realidad dice “ofrecemos” la oración de ofertorio de pan y vino. Aunque sería muy laudable reincorporar las oraciones “Suscipe, Sancte Pater”, “Oferimus tibi Pater” y “Suscipe Sancta Trinitas” en ese “enriquecimiento positivo” del que hablo el Cardenal Sarah hablando de la “reforma de la reforma” (<https://infovaticana.com/2017/09/14/sarah-sintetiza-los-desafios-la-liturgia-una-leccion-magistral-roma/>).

cruces”, todos nuestros sacrificios de la jornada, no enumerándolos sino por un Acto de Caridad intenso abrazando a Cristo en su inmolación como Hostia Santa³⁵.

Al referirse el Catecismo de nuestra participación en el sacrificio de Cristo nos recuerda: “Él llama a sus discípulos a «tomar su cruz y a seguirle» (Mt 16, 24) porque Él «sufrió por nosotros dejándonos ejemplo para que sigamos sus huellas» (1 P 2, 21). Él quiere en efecto asociar a su sacrificio redentor a aquellos mismos que son sus primeros beneficiarios (Cf. Mc 10, 39; Jn 21, 18-19; Col 1, 24). Eso lo realiza en forma excelsa en su Madre, asociada más íntimamente que nadie al misterio de su sufrimiento redentor (Cf. Lc 2, 35): «Fuera de la Cruz no hay otra escala por donde subir al Cielo» (Sta. Rosa de Lima, vida)”³⁶. Es aquello que nos enseña San Pablo: “Os exhorto, por la misericordia de Dios, a presentar vuestros cuerpos como hostia viva, santa, agradable a Dios; éste es vuestro culto razonable. Y no os ajustéis a este mundo, sino transformaos por la renovación de la mente, para que sepáis discernir lo que es la voluntad de Dios, lo bueno, lo que agrada, lo perfecto”³⁷.

Esto es lo que Nuestra Señora del Santísimo Rosario de Fátima quiso inculcarnos: Ofrecer a Dios en el Santo Sacrificio del Altar todos nuestros sufrimientos, como acto de reparación por los pecados, por los cuales Él es ofendido, y como súplica por la conversión de los pecadores. Y para poder unir todas nuestras cruces a la Cruz de Cristo, el Ángel de la Eucaristía al principio de las apariciones les enseñó esa preciosa fórmula que deberíamos poner en nuestros labios todas las veces que podamos al día, sobre todo cuando la cruz haga sentir su rigor: «Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, os adoro profundamente y os ofrezco el preciosísimo Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Jesucristo, presente en todos los sagrarios de la tierra, en reparación de los ultrajes, sacrilegios e indiferencias con que Él mismo es ofendido. Y por los méritos infinitos de su Santísimo Corazón y del Corazón Inmaculado de María, os pido la conversión de los pobres pecadores».

³⁵ El Padre Philipon en su libro *La vida cristiana y los sacramentos*, nos ha dejado una hermosa reflexión para unirnos en el Santo Sacrificio en torno a la gotita de agua que introduce el sacerdote diciendo: “El agua unida al vino sea signo de nuestra participación en la vida divina de quien ha querido compartir nuestra condición humana”.

³⁶ CEC 618.

³⁷ Rm 12, 1-2.

Conclusión³⁸

Nadie como la Inmaculada, llena de Gracia, Madre de Dios y madre nuestra, se ha unido al amor de Cristo en la Cruz que asciende a Dios y desciende a todos los hombres. Siendo el Santo Sacrificio del Altar absolutamente el mismo que el Sacrificio de la Cruz, en el Corazón de Cristo se hace presente en cada Misa todo el dolor y amor que Su Santísima Madre experimentó asociada a Él. La Santísima Virgen en cada Misa está en forma singular —como dice San Pablo— crucificada con Cristo en Sacrificio Propiciatorio, Latréutico, Eucarístico e Impetratorio, queriendo hacernos partícipes a nosotros como ella estuvo al pie de la Cruz.

La tan bregada participación Litúrgica que supuestamente sigue el espíritu del Concilio no puede ser sino participación en el Misterio de la Cruz de Cristo como la Santísima Virgen María participo de él. Hoy se tiene un concepto sociológico de la participación, cuando la verdadera participación Litúrgica es unirse a Cristo en Su Sacrificio. Bueno es que repitamos lo dicho por Arintero: “Todo lo que pasó en el Calvario se repite constantemente sobre el Altar. El Altar es todos los días el monte del dolor, de la sangre, del sacrificio y de la redención. Por aquí se ve con qué amor y reverencia debemos asistir al Santo Sacrificio, donde se perpetúa la obra de nuestra reparación, y con qué afectos debemos allí asociarnos al Salvador para que su Sangre resulte provechosa para nosotros y para todos”. Esta participación es la que la Santa Madre Iglesia siempre ha inculcado a sus sacerdotes y fieles. Cuando la Tradición de la Iglesia habla de participación es para instarnos siempre a unirnos devotamente al Sacrificio de Cristo haciéndonos tomar conciencia de que el Sacrificio incruento del Altar es en verdad el mismo Sacrificio Cruento de la Cruz.

La santificación de nuestras almas depende de nuestra unión, a través de las Virtudes Teologales, con la Santísima Trinidad, en el Santo Sacrificio del Altar. Esta unión se da por la participación en el más excelso acto de Culto de la Virtud de la Religión que se ha llevado a cabo jamás sobre la tierra, es decir, el Sacrificio de Cristo en la Cruz³⁹. Allí en la Cruz Cristo nos donó hasta su propia Madre para ser nuestra madre, maestra, modelo e intercesora para aprender a ofrecer el Santo Sacrificio del Altar. La Fe nos asegura que la Bienaventurada Virgen María, al ser Madre de Dios, es también Madre, nuestra ya que al engendrar a Cristo, engendra también el Cuerpo Místico de Cristo, sin embargo fue al consumir su obra redentora que Cristo nos

³⁸ Alguien podría objetar que no he hablado sobre la unión de la Liturgia de la tierra con la del Cielo. Aquí un bello texto del Catecismo. “A la ofrenda de Cristo se unen no sólo los miembros que están todavía aquí abajo, sino también los que están ya en la gloria del cielo: La Iglesia ofrece el sacrificio eucarístico en comunión con la santísima Virgen María y haciendo memoria de ella así como de todos los santos y santas. En la Eucaristía, la Iglesia, con María, está como al pie de la cruz, unida a la ofrenda y a la intercesión de Cristo” (CEC 1370). Creo que ha esta visión Celeste solo podemos acceder en la tierra sin renunciar a la Cruz, como Cristo que teniendo continuamente la visión beatífica su alma estaba en tristeza de muerte o como los místicos que una Santa Teresa de los Andes exclama “Estoy en el colmo del dolor y el colmo del gozo”.

³⁹ Cf. GARRIGOU-LAGRANGE, “Las tres edades de la Vida Interior”, parte II, capítulo 14, primer párrafo.

ofrenda su Madre al pie de la Cruz porque es allí donde más necesitamos de su maternidad espiritual: Ella se ha unido al sacrificio de Cristo en una forma sin igual para bien de todo el Cuerpo Místico de Cristo.

Fray Guido Casillo OP
6 - X - 2018

Le pedimos a la Madre de Dios que en esta conferencia nos ayude a meditar cómo desde la primera Misa en la Cruz, única Misa que se celebra en cada Misa, ella nos ayuda y enseña a unirnos al Santo Sacrificio del Altar.